

TRUE WEST: EL ABISMO ENTRE DOS HERMANOS

Una aproximación hacia la esencia más violenta de dos hermanos que encarnan el ying y el yang, una historia familiar que desencadena en la fiel representación del desorden humano y un final trágico que deja sin respiración hasta a los propios actores.



En 1980 el dramaturgo estadounidense Sam Shepard escribió *True West*, una comedia negra que indaga en la naturaleza conflictiva del ser humano a través de una relación fraternal. Este año Eduardo Mendoza y Montse Tixé han adaptado la obra al teatro español. Una puesta en escena cinematográfica, actuaciones de escándalo y un final catártico y surrealista han envuelto la Nave 11 del matadero de Madrid desde el 28 de octubre hasta el 27 de noviembre. Nos encontramos ante una tragedia moderna en la que la reflexión sobre nuestra propia existencia y las relaciones humanas se hace latente entre el público y el escenario, desde los primeros minutos de la obra.



El viernes 18 de noviembre las puertas del Matadero de Madrid dieron la bienvenida de nuevo a *True West* y al público tan entregado que aguardó ese día. La entrada podía efectuarse hasta media hora antes del comienzo de la función, las 19:00. La inmensa mayoría de los asistentes acudió con antelación y pudo ocupar sus respectivos asientos a la hora prevista. Las caras de Tristán Ulloa y Kike Guaza presidían el cartel de la puerta de entrada, sus expresiones serias y ropas sucias insinuaban que la obra iba a ser dura cuanto menos. Sin conocer la trama hubiera pensado que se trataba de una película de acción al estilo de *Uncharted* o *Top Gun*. Nada más lejos de la realidad.

El escenario estaba a ras de suelo, los espectadores de la primera fila prácticamente podían rozar el telón. “Se ruega que apaguen el teléfono móvil. No está permitido tomar fotografías ni grabar total o parcialmente la obra teatral”, una voz femenina retumbó los altavoces y acto seguido todos guardaron sus celulares durante la hora y media que duró el espectáculo. Sin duda es una buena manera de mantener la calma y el ambiente de la obra. Sin teléfonos móviles y sin tecnologías los asistentes podrían disfrutar mejor del guion y de los efectos, sin distracciones ni molestias. Además, las luces de las pantallas o los flases resultaban muy visibles en la oscuridad de la sala. La memoria es el mejor repositorio de las buenas experiencias.

La obra comienza, a partir de aquí los detalles aportados estarán centrados especialmente en la ambientación y en el poso de la trama. Alertamos algún tipo de spoiler, sobre todo al final, pero solo para completar la reflexión de la obra. La continuidad de la obra y cada escena no será objeto de estudio, salvo excepciones muy marcadas. Este texto solo trata de aproximarse a la esencia de la obra, a la violencia y a la muerte.



Toda la obra se desarrolló en la misma sala, el comedor de la casa de la madre de los dos hermanos protagonistas, aunque la puesta en escena fue variando con la acción de los protagonistas. Comenzamos con un ambiente sosegado, Austin trabaja en su próximo guion cinematográfico, un trabajo crucial para él, de ello depende su trayectoria profesional. Austin es una persona muy metódica, con una bonita familia y una vida asentada. Lee, su hermano mayor, es un ladrón y maleante que ahoga sus penas en alcohol. Lee se presenta en escena borracho e increpando a Austin. Desde el primer momento sabemos que la relación entre hermanos no es buena, son dos personas opuestas, con vidas muy diferentes. Ninguno quiere saber nada del otro, pero son hermanos y la familia y la sangre les unen. El lazo más cercano que comparten es su padre, un hombre alcohólico que desapareció de sus vidas y que ahora anda en paradero desconocido. La conversación entre hermanos sigue fluyendo con reproches y malas caras, pero con respeto.

Los cambios de escena quedan marcados con el cierre del telón, pero este nunca llega a extenderse del todo. Siempre queda un resquicio abierto en el que los dos protagonistas siguen con el diálogo, como si se tratara de diferentes planos. Un plano general de toda la sala y primeros planos de los personajes que conversan dando sentido y continuidad al tiempo que pasa entre una escena y otra. Las luces se tornan amarillas o azules dependiendo si es de día o de noche. Para tener aún más constancia de lo que sucede entre Lee y Austin, los efectos son explícitos, si uno de ellos se fuma un cigarro se lo fuma de verdad y el olor llega hasta a la última fila. Si otro enciende fuego el humo y la sensación de quemado invaden la sala. La primera mitad del espectáculo se resume en una continuada charla entre Lee y Austin, ambientada por las luces y el olor a cigarrillo. Un poco lenta, pero esencial para entrar en calor. Se trata de una introducción al problema, la rivalidad entre hermanos.



Los miedos de los dos hermanos comienzan a arreciar cuando las comparaciones florecen. Cada uno quiere llegar a convertirse en el otro. Austin quiere vivir la vida y no sentirse prisionero de la suya, como hace Lee. Y Lee quiere una vida acomodada y feliz, como la de Austin. La rivalidad que siempre ha existido se ve justificada por la envidia. En este punto de la trama el guion se va tornando al propio de una comedia negra, el público lo agradece con amplias carcajadas y comentarios por lo bajo. Llegamos al nudo de la historia. Lee le roba el puesto de guionista a Austin y ve su oportunidad de llevar la vida que siempre a querido. Austin pese un primer enfado, contempla la visión de verse liberado de su trabajo y de sus ataduras. Ambos hermanos adoptan la personalidad del otro, Lee se vuelve trabajador y dedicado para escribir un verdadero western. Y Austin cambia su máquina de escribir por el alcohol y comienza a robar en las casas del vecindario. El cambio de tornas deja boquiabiertos a los espectadores, Lee no sabe escribir y Austin no sabe robar. Ambos rompen con su destino por la envidia y la soberbia. Lo que comienza siendo realismo termina convirtiéndose en absurdo y surrealista. El público ya está metido de lleno en la historia, algunos se compadecerán de Austin, y otros, querrán que Lee llegue a triunfar. Pero ante una naturaleza conflictiva los personajes vuelven a sembrar el caos. Ya no hay vencedor ni perdedor, solo dos personas que desprecian sus propias vidas.

El escenario comienza a desfigurarse, todo está tirado por los suelos, la máquina de escribir acaba rota, la puerta de la nevera queda descajada y el vestuario de los protagonistas acaba sucio y hecho retales. Todo este caos sucede a vistas del público sin previo aviso. Todo comienza a ser desordenado de un momento a otro, sin una aparente justificación más que la exteriorización de los verdaderos traumas y miedos de Austin y Lee. En un principio la violencia solo achaca contra el inmobiliario, pero esto no es suficiente para descargar su ira, y entonces comienza una pelea cuerpo a cuerpo entre hermanos. El desasosiego de los espectadores comienza a ser más visible, no pueden apartar la mirada, pero la incredulidad de que estén rompiendo todo hace que muchos se encuentren incómodos. “Yo pensaba que todo lo que estaba pasando era mentira, en ninguna obra he visto tanta destrucción del atrezzo”, aseguró un espectador al final de la obra. La tragedia es inevitable. La razón y la reflexión han llegado a su culmen, ambas están perdidas.



La escena final está marcada por la aparición de la madre. Una mujer naif que vive en un mundo paralelo presidido por su imaginación. La actuación es de lo más surrealista de la obra y deja un sentimiento de incompreensión entre los presentes. Quizá muy forzada para lo que ya hemos observado en la obra, un punto de caos más que para nada se ajusta a lo que está sucediendo en el escenario. Los dos hermanos enzarzados se ven interrumpidos por la voz angelical y los delirios de su madre, que así como viene también se va, sin prestar atención a lo que está ocurriendo. Tras este inoportuno parón Austin y Lee siguen con sus asuntos, hasta el punto en el que Austin deja sin respiración a su hermano. Un suspiro cortado invade la sala, ¿era realmente cierto lo sucedido? Lo que había comenzado como una conversación aparentemente normal en el inicio de la obra se había convertido en el lugar de un crimen. Aunque el caos imperaba en la

escena este final fue inesperado para todos. Pero cuando ya pensábamos que esto acababa aquí, Lee se levanta y embiste contra Austin. Un final abierto que propicia la introspección.

A veces pensamos que la locura y el abismo son lejanos, pero aparecen en el mismo salón de nuestras casas cuando las identidades humanas ponen en marcha su cualidad volátil. Hasta la persona más cuerda es capaz de enloquecer si saca su yo más profundo. Los caminos marcados de los personajes se tuercen conducidos por una fuerza ajena que hace despertar su envidia, su soberbia y su ira, hasta desencadenar la tragedia, hasta que ambos desprecian sus propias vidas. Su propia naturaleza es la que marca su final. Un final catártico en el que tratan de anular al otro con la misma facilidad que asesinan al “yo” que no les conviene.

Ana Expósito Sorrell
